



la verdadera raiz de la verdadera religion. Grecia, la sacerdotisa del hombre, la que habia bajado á las orillas del mar á recoger perlas para su corona, la que habia cubierto de flores su peana, la que habia engarzado las estrellas en su palacio, la que habia puesto en sus manos una hermosísima lira, en sus labios un eterno cántico, en sus ojos una luz mas deslumbrada que la luz del sol, en su frente una idea absoluta, la que le habia enseñado que en todos los séres, en toda la naturaleza, lo mismo en la gota de rocío que en el aliento del aura, lo mismo en la hoja del árbol que en la cinta de alga, se encierra un suspiro de su amor, un reflejo de su espíritu; Grecia, la eterna artista de la historia, despues de haber recogido la voz del hombre en todos sus poemas, la idea del hombre en todas sus escuelas, las formas del hombre en todas sus estatuas, las fuerzas del hombre en toda su naturaleza, la idea del hombre en toda su vida, no habia llegado, sin embargo, á comprender que el hombre podia recibir en su carne, en su organizacion, un Dios dispuesto á exaltarle, á darle su vida, á divinizar hasta sus dolores, hasta su muerte. Y Roma, sí, Roma que habia abandonado su cabafia, su sencilla primitiva vida del campo para lanzarse audaz á los combates á dar unidad á todas las razas, disciplina superior á todos los pueblos, á unir el Oriente con el Occidente, Grecia con Asia, Jerusalem con Babilonia, Alejandría con Italia, el mundo entero hasta entónces fraccionado consigo mismo, Roma no habia podido fundar su unidad en una idea superior á su ciudad, superior á su derecho, superior á la fuerza de sus ejércitos y á las lanzas de sus soldados, en la unidad del espíritu, que traia consigo la nueva religion. Y hé aquí, Señores, tres mundos, tres épocas de la historia, trabajando incesantemente, hiriendo los cielos y la tierra, para encontrar tres ideas, y no hallándolas perfectas y cumplidas, sino cuando amanece un nuevo dia en la historia, y empieza una nueva fase en la vida de la humanidad.

Pero ¿cuál fué la primer impresion que el Cristianismo hizo en la conciencia del mundo pagano? ¿Cómo recibió sus dogmas? ¿Cómo comprendió sus primeras ideas? ¿Cómo interpretó sus secretos? Cuestion es, señores, difícil, pavorosa, y que abordo con recelo, con temor, contando con la benevolencia de los que han tenido valor bastante para seguirme hasta aquí. El mundo antiguo se divide en dos grandes porciones en el espacio, en dos grandes épocas en el tiempo, en Oriente y Occidente. El Oriente, primer albor de nuestra idea, primer florecimiento de nuestra vida, primera manifestacion de nuestro espíritu, ro-

deado de la naturaleza que lo envuelve como una gasa, lleno de fábulas como el arbusto en primavera de flores, perdiéndose en el seno de la creacion como el vapor de sus lagunas, por el instante en que aparece en la historia, por el medio en que vive en el mundo, viene á representar el sueño de la inocencia, la exaltacion del misticismo, el hombre escondido en el polvo, y el espíritu escondido en el hombre, como la miel y el aroma se esconde en el seno de la flor, ántes que haya abierto sus hojas, y haya regalado al viento sus esencias.

Por eso el Oriente debia tener en la historia un carácter exaltado, místico, religioso. El soldado que pelea por su religion; el eremita que se macera; el solitario que se pierde en la contemplacion de su Dios, debian ser como las estatuas levantadas sobre esa gran cuna de la humanidad. El oriental se apartaba de la tierra, de la vida práctica, deponia su conciencia en el ara del sacerdote, su voluntad en el carro triunfal de su rey, su futura suerte en manos de sus dioses, su porvenir en la trasformacion de su sér en otro sér, su vida en la naturaleza, su personalidad en la casta; y no acertaba á comprender qué destino venia á cumplir en la inmensidad de la creacion el hombre, suspiro de un instante, fantasma pasajero, ténue vapor de la vida universal, mustio rayo de la luz eterna, pequeño átomo de la infinita y absoluta sustancia. Por eso es necesario ver, estudiar qué impresion hacia en su ánimo místico, soñoliento, exaltado, una religion práctica, positiva, una moral que hacia consistir la virtud, no en la contemplacion mística y silenciosa de Dios, sino en la actividad del espíritu, en las buenas ideas y las buenas obras; una vida, en fin, que devolvía al hombre la conciencia de su personalidad, y al espíritu lo que el oriental no habia comprendido ni habia soñado nunca, perdido como estaba en la creacion, su santa libertad.

Y al mismo tiempo que el Oriente debia sufrir una impresion profunda con la idea cristiana, el Occidente, Grecia y Roma debian sufrir otra impresion no ménos grande, no ménos trascendental y extraordinaria. El mundo clásico tenia un carácter positivo, práctico, limitado á la vida presente, á la vida real. Sus dioses eran hombres; sus templos casas; sus cielos montañas tocadas por las humanas manos; sus dogmas hermosas poesías, armoniosísimos cánticos; sus ceremonias danzas alegres, dramas, coros, procesiones cubiertas de flores; sus victimas corderillos, palomas que abrasados en el sacrificio se perdían entre los pliegues del cielo como una nube de estío; sus tumbas hermosos cenotafios coronados de estatuas rientes; su gran libro teológico la concien-

cia humana; su primer sacerdote el pueblo; su eterna mansión la tierra; su ciencia religiosa la filosofía; y todas sus teogonías, y todos sus recuerdos y todas sus esperanzas eran símbolos y nada más que símbolos de las fases, de las transformaciones, de los aspectos, de las formas que toma la vida de la humanidad en la historia y en la naturaleza. ¿Qué impresión había de producir en el ánimo de aquellas naciones guerreras, de aquellas naciones artísticas, de aquellas naciones filosóficas, dispuestas siempre á creer que toda su vida se encerraba en los límites de la tierra, que todo su destino se cumplía en las esferas de la historia, aquella religión espiritualista, trascendental, que mostraba al hombre una idealidad inagotable en el cielo, un Dios escondido en la eternidad, un espíritu invisible derramado como eterna fuente de vida en la conciencia y en la naturaleza, una alma inmortal, un destino infinito, destino que debía cumplirse no aquí, no en este mundo de un día, sino en otro mundo más bello, superior al sentido, en que el hombre, despojado de esta vestidura mortal, de esta organización, que los griegos habían creído el eterno tipo de la hermosura y del arte, debía por su propia intuición ver y amar á Dios en esencia y en espíritu?

Ah, señores, el Cristianismo debía por vez primera en su aparición, trastornar completamente el espíritu del Oriente y de Grecia. El cenobita oriental debía levantarse del polvo, sacudir su largo sueño y darse á la actividad del espíritu; y el artista griego debía sacudir su corona de verbena, su eterna sonrisa y darse á la contemplación de Dios. El uno debía fijar los ojos en la tierra, para comprender que en la tierra se siembra el grano que más tarde se ha de recoger en el cielo; y el otro debía levantar al cielo sus ojos para comprender que del cielo viene la luz que baña esta vida, que ilumina y vivifica este mundo.

El Cristianismo realizaba en la conciencia una idea semejante á la idea que Roma realizaba en el espacio. Si alguna vez hubiérais dudado de la armonía viva que existe entre el espíritu y la naturaleza, entre la conciencia y la vida, entre la filosofía y la historia, este espectáculo del Cristianismo y de Roma sería bastante á convenceros de que es tan imposible separar la idea del hecho, la idealidad científica de la realidad histórica, como es imposible separar, divorciar el alma del cuerpo. Roma traía la unidad del hombre, y el Cristianismo la unidad de Dios. Roma conquistaba todas las razas con su espada, y el Cristianismo con su doctrina. Roma daba á la humanidad un cuerpo, y el Cristianismo un espíritu. Roma reunía en su recinto el espíritu político del Oriente y de Grecia, y el Cristianismo reunía en sus dogmas el

Dios de Oriente y el hombre de Grecia. Roma realizaba una revolución material, profunda, profundísima, y el Cristianismo realizaba una revolución en la conciencia, trascendental, inmensa. Roma bajaba las gradas del Capitolio con sus emperadores y con sus soldados, y el Cristianismo subía esas gradas teñidas de sangre con sus doctores y con sus mártires. Roma debía sellar el libro del antiguo derecho, de las legislaciones antiguas, y revelar la idea de un nuevo derecho humano, y el Cristianismo debía sellar el libro de las antiguas teologías, de las antiguas religiones, y derramar una nueva idea religiosa en el mundo. Roma infundía el Oriente en Grecia, y Grecia en el Oriente, y el Cristianismo debía reunir los orientales, los griegos, los romanos, todos los hombres, en la luz del cielo, en el espíritu de la verdad y de la justicia.

Pero era difícil que el mundo antiguo adivinara toda la trascendencia de las ideas cristianas. Para separarse el mundo de sus antiguos altares, de sus primitivos dioses, necesitaba hacer un esfuerzo supremo sobre sí mismo, porque nada es tan triste como dar un adiós á lo que por espacio de muchos siglos ha sido nuestra vida. Así es que los pueblos antiguos pedían á la nueva idea, á la nueva religión, que les dejase vivir un poco al pié de sus altares, que admitiese sus dioses nacidos en el seno de la naturaleza, que les permitiera llevarles las ofrendas de sus antiguos sacrificios, celebrar las ceremonias de sus antiguos ritos, acariciar los pensamientos de sus antiguas teogonías, ó al ménos que entrara en sus templos, y viera el resplandor de su lumbre, el ara cubierta de flores, la víctima coronada, el pueblo llevando las ofrendas de la naturaleza, los coros de las vírgenes, las danzas que trenzaban los jóvenes delante del altar, las hermosas estatuas resplandecientes de alegría, las esperanzas, las ideas que encerraban todas aquellas fiestas, y después dijese si debía morir irremisiblemente tanta grandeza y tanta hermosura. Y de este esfuerzo para unir el paganismo con el cristianismo nació evidentemente la principal idea gnóstica, que representa la primer impresión que en la conciencia pagana hizo la nueva idea religiosa. Era imposible, absolutamente imposible, que el paganismo comprendiera el cristianismo en un momento, en uno de esos momentos, que Dios guarda para sus elegidos. Antes de llegar á comprender en toda su pureza la idea cristiana debía andar la conciencia extraviada; cayendo y levantando, errando mucho, como sucede al que aprende una nueva doctrina, una nueva ciencia. El paganismo comprendía, adivinaba que era cercana y fatal la hora de su muerte. Los empera-

dores habian convertido en una política la religion, señal evidente de la muerte de las religiones; los filósofos abandonaban los templos para enseñar un Dios mas puro en las escuelas; los poetas iban desterrando de sus teogonías aquellos antiguos géneos que habian dado su lira á Homero y á Pindaro; los estatuarios no derramaban en el mármol aquel fuego celeste que tenia Júpiter de Fidias, y en vez de dioses modelaban hombres; los guerreros fiaban mas en sus propias fuerzas y en su propia espada que en la espada de Marte; los navegantes no veian formarse en las indecisas líneas de las olas y entre las blancas espumas la imágen de Glauco ceñido de algas y de perlas; los altares poco á poco iban quedando en el aislamiento; los pueblos guardaban del culto la materialidad, la ceremonia exterior, la liturgia, pero no la idea; los sacerdotes gemian en la soledad, los oráculos callaban, las tradiciones se perdian; y así mientras se desertaba de la mágica hermosura del paganismo la naturaleza, y huian los faunos de los campos, y se desvanecian las yánades, y se ahogaban las sirenas en el mar, y se reunian como en un sepulcro todos los dioses mutilados en el Panteon, todos los venecidos, todos hechos trofeos de las fuerzas del hombre; la conciencia humana que no puede vivir sin un Dios, sin aspirar á lo infinito, se abrazaba al Cristianismo, pero volvia los ojos á sus antiguos templos donde humeaba aún el fuego del sacrificio, donde exhalaba sus aromas la religiosa verbena, donde aún estaba henchido el aire con los cánticos de los antiguos poetas.

El espíritu pagano hacia un esfuerzo para infiltrarse en el Cristianismo. Conocia que su vida pasaba, y queria dilatar en la nueva religion su vida. Para conseguir este fin, envolvía sus dioses, sus genios en el manto rasgado del dios del Oriente, y los llevaba al templo de la nueva religion. Creia, en un arrebato de locura, que era posible bautizar con el agua purísima del Jordan á Juno, á Venus, á Júpiter, á todo el Olimpo. No podia comprender, cómo habiéndose encarnado el espíritu de Dios en el hombre, ese espíritu pudiera rechazar las encarnaciones de otros dioses en el seno de la naturaleza. El paganismo se resistia, retirándose. Dejaba en buena hora la cúspide de la creacion, la eternidad, los cielos, al Dios-Padre y á su Verbo; pero queria que ese inmenso espacio estendido entre el cielo y la tierra, ese vacío fuera poblado por sus antiguos genios, que Castor y Polux lucieran aún en las estrellas, que Apolo guiara el sol, y concertase la armonía de las esferas, que Júpiter vibrara el rayo, que Juno perfumase con su aliento los aires, que Venus se meciera hermosa

en las ondas del plateado mar, que Naturaleza se conservara con todos sus genios, con todos sus dioses, con toda su vida, para que el monoteísmo oriental no secara esa fuente de inspiracion de los poetas, y no quitase ese último asilo á la rica fantasia de los pueblos, necesitada de dioses, de armonías, de cánticos, de toda la varia vida del paganismo. Y de esta suerte las escuelas gnósticas venian á mostrar que no habian comprendido la trascendencia de la religion cristiana, que venia á matar el Dios-naturaleza, para dar libertad al espíritu.

Pero no es solamente este carácter el que presenta el gnosticismo; ofrece tambien otro carácter muy digno de señalarse. Así como las almas apegadas á la religion de sus padres quieren que el paganismo, en cuanto sea posible, se salve delante de la nueva religion, las almas incrédulas quieren que el paganismo cobre vida en el filtro de la mágica para contrastar la religion cristiana. Para estos ya no es el paganismo aquella religion sencilla de la naturaleza, en que el culto es la ofrenda del campesino y del labrador, en que los dioses gozan de una eterna tranquilidad, en que las vírgenes danzan y cantan sencillamente al compás de sus liras, recordando ora la primavera, ora las lluvias benéficas, ora la siega, ora los frutos del otoño. No, el paganismo, ha perdido esta inocencia primitiva, candorosa, y se ha armado fuertemente para resistir á la nueva religion, ha entrado en las cavernas mágicas del Oriente, ha visto hervir las sustancias en las calderas de los hechiceros, ha probado aquellos filtros, ha recogido aquellos conjuros, y trasformándose en esta nueva vida, llena de amuletos, de sortilegios, de demonios, de genios extraordinarios, espera hacer lanzar á la humanidad de su seno el espíritu del Cristianismo. ¡Cuántas veces se veia en la antigua Atenas, en la severa Roma, que mientras el templo estaba desierto, mientras el sacerdote se afanaba en vano por atizar el fuego del sacrificio, mientras los misterios de Eleusis se veian abandonados; el pueblo, aquel pueblo que habia venido con sus dioses y por sus dioses, anhelante, respetuoso, medrosísimo, se acercaba al hechicero persa, que ceñido de blanca túnica, envuelto en manto de púrpura, coronado con la tiara de oro, agitando en sus manos un hierrecillo, profiriendo balbucientes palabras árabes, trazaba círculos mágicos al rededor de su templo, le infundia una voluptuosidad extraordinaria, lo atraía como la serpiente al pajarillo, lo domaba, le hacia reír, cantar, llorar, le abría los secretos de lo porvenir, los misterios del templo, le explicaba sus propios dioses, su propia religion, dándole un sentido místico, oriental, bien ageno al espíritu

pagano, y en una palabra, llegaba con sus ideas hasta el corazón de las muchedumbres, cuando las muchedumbres veían vacilantes sus templos y mudos sus oráculos! Y en la magia caían muy especialmente las aristocracias, las gentes de educación y alto espíritu. No hay que hacerse ilusiones. En la organización, si es permitida esta palabra, de nuestro espíritu, se encuentra la necesidad religiosa. El espíritu humano jamás vivirá sin religión. La vida de un día no satisface este anhelo infinito de vivir; el amor de un instante no puede llenar los deseos de este inquieto corazón; la hermosura de la tierra no puede corresponder al amor, á la hermosura absoluta, que siente nuestro espíritu, y el espacio entero es pequeño y estrecho para estas nuestras ideas, que necesitan estenderse, espaciarse en lo infinito. Pero por lo mismo que la religión es una necesidad del espíritu humano cuando esta necesidad no se satisface naturalmente, no se llena con el rayo de luz que viene del cielo, toma un carácter oscuro y todo lo corrompe y emponzoña. Y si Dios no desciende á consolar al espíritu, si una esperanza infinita no se apodera del corazón, en cambio viene la superstición, vienen las preocupaciones; el miedo á la naturaleza, en una palabra, el vicio. Y como la aristocracia romana no tenía religión, se contentaba con adorar la magia, con profesar el sortilegio con hacer conjuros, con creer en una ciencia oriental, que despojando á la naturaleza de la hermosura, de que la había revestido el paganismo, la convertía en un inmenso laberinto, donde se evaporaban y se volatilizaban las sustancias, y se convertían en sombras todos los seres, y se disipaba el espíritu. Y de aquí nació otro de los fines del gnosticismo, porque el espíritu de estas sectas no se contentaba con las ideas orientales, ni con las ideas griegas, y corría al Panteón á ver el nuevo Dios muerto llevado allí por los emperadores, y tomaba también como jugo de su vida el cristianismo y sus ideas, mostrando que en ninguna religión tenía fé, y que había perdido hasta la última luz de la vida, hasta la consoladora esperanza.

Lo cierto es, señores, que el gnosticismo nacía del espíritu de su tiempo, de la vida de su siglo. Alejandro había abierto el Oriente al Occidente, Roma había agrandado el pensamiento de Alejandro, por todas partes la espada de los guerreros llamaba á la puerta de los templos, en todos los caminos del mundo se encontraban unas con otras las razas, y al encontrarse contábanse sus dolores, sus creencias, sus esperanzas; el sacerdote persa entraba encadenado en Roma; el mago oriental subía las gradas del Capitolio; el judío escapado de Je-

rusalem iba á Alejandría, y llevaba allí su Dios, que aterraba con su grandeza al espíritu humano; el filósofo griego corría al Asia menor, y en aquel gran caos de pueblos y de razas esparcía sus ideas; los dioses todos iban en los carros de los vencedores, en los trofeos de los ejércitos; y de esta confusión de ideas, que traía sobre el mundo la ebullición, digámoslo así, de una nueva humanidad, nacía la confusión de la theurgia persa en la filosofía griega, del Dios único de los hebreos con el Dios materialista de los indios, de las armonías pitagóricas con la magia discordante del Egipto, de la lucha de las divinidades entre sí con el reposo olímpico de los dioses griegos, del materialismo con el espiritualismo del Hijo del hombre muerto en la cruz con las legiones de los batalladores ángeles caldeos; confusión que era la trama de la vida del gnosticismo. Así nada más confuso que estos sistemas, nada más indescifrable. Eran como la entrada en un templo de infinitos pueblos, que no alcanzaran á entender ni los símbolos, ni los dioses guardados en ese templo. Eran como el caos de donde iba á salir una nueva ciencia. La luz no había caído sobre el caos, la palabra creadora no había ordenado sus elementos, y unas ideas luchaban con otras ideas, y unos principios con otros principios, y unos dogmas con otros dogmas. Parecía como que Dios, inclinándose sobre la historia cual un día se inclinó sobre el caos, quería ver pasar ante sus ojos todo el antiguo mundo; los dioses alados; las flores del Lotho que habitaban en los azules mares de la India; las esfinges; las coronas de oro que había llevado sobre sí Thebas, maga de la historia; el sol reluciente, brillantísimo, que en el fondo de su templo había encerrado Persépolis como una eterna imagen del sol que habita los ciclos; las estrellas errantes y silenciosas, que para recibir la adoración de los hombres se habían posado sobre las altas torres de la Caldea; los cocodrilos y las grandes tortugas de Menfis, que llevaban sobre sus conchas el peso de la tierra; las guirnaldas de acanto cinceladas por los más divinos artistas de la tierra, con que Corinto se presentaba á la orilla de su mar, siempre riente, á celebrar las fiestas de sus dioses; Atenas con su lira, con su cincel, con su trompa épica, seguida de sus dioses de mármol, verdadera apoteosis del hombre, de sus coros de poetas, que le llevaban la miel de la inspiración á sus labios agitados por un eterno cántico; Roma con sus divinidades sabinas y etruscas, con su mohosa lanza, con su Panteón, único refugio del Olimpo; Alejandría con sus mil escudos, con los sacerdotes de todos los cultos, con los filósofos de todas las escuelas, con los sortilegios de todos

los dogmas; el mundo, sí, el mundo antiguo con todos sus dogmas que se disipaba, que se perdía como un poco de humo delante del nuevo Dios triunfante desde la cruz en la cima del Calvario.

Pero no era esto solamente lo que significaba el gnosticismo: significaba más en alguna de sus escuelas. Era, digámoslo así, en la fase que más se unía al Cristianismo, como la preparación del espíritu á separarse de la naturaleza. No se puede juzgar el gnosticismo con arreglo á un sistema fijo, ni bajo el tipo de una sola idea. Esto es imposible, porque son tantas y tan variadas las imágenes que nos presenta que el reducirlas á la unidad es empresa vana é imposible. El gnosticismo es la impresión que en la conciencia pagana hace la nueva religión, impresión profunda. Y como es la impresión que en la conciencia pagana hace el Cristianismo, es vario, es multiforme, como todas las impresiones. Las ideas, que son la unidad, que tienden á lo absoluto, se prestan fácilmente al conocimiento, porque la idea, producto del ejercicio de todas nuestras facultades, representa lo más primordial y sencillo. Pero la impresión, por lo mismo que es confusa y varia, por lo mismo que tiene tantos matices y toma tantas formas, la impresión se escapa á la síntesis. Es muy fácil sistematizar grandes ideas; pero es muy difícil sistematizar ligeras impresiones. La idea solo tiene una forma en la razón; la impresión toma aspectos innumerables, varias formas en el indeciso mar de nuestra sensibilidad. Por eso el gnosticismo, que unas veces aparece como la última transacción posible entre la idea pagana y la idea cristiana, aparece otras veces como la imagen de una extrema oposición al paganismo. Es el espíritu joven y entusiasta del creyente, que no se detiene á pesar las ideas, sino que huyendo de las que le parecen falsas, va á dar fatalmente en profundísimos abismos. Es la oposición á las ideas antiguas, oposición irreflexiva y apasionada, que no quiere ver lo que han tenido de grande y de verdadero. Es el espíritu como el neófito, que abraza una nueva causa, como el joven que siente la primera pasión. El paganismo había puesto en cada ser de la naturaleza un Dios, había divinizado el mundo material. Para el paganismo, en la ola, en el suspiro del aura, en la hoja del árbol, en el rayo indeciso de la estrella que ríela en el lago, se encierran divinidades, cuyo poplo, cuyo ciego espíritu animan el mundo material. Para el paganismo los seres, los fenómenos de la inmensa naturaleza son como manifestaciones de los dioses, eterna vida, sustancia eterna de la materia. No, el aire no gime en la enramada, son los dioses campestres; el sol no

alumbra, es la antorcha de Apolo; el arroyo no murmura, es la ninfa que se desliza en su seno; la flor no embalsama la tierra, no, es la divinidad encerrada en su corola; el mar no palpita en blancas y azuladas ondas, es la eterna sirena que se mece entre sus espumas; la brisa no enjuga la frente del marinero con su poplo, es el suspiro de la hermosa Thetis; la primera luz no dora por la mañana el horizonte, es la aurora que tife con sus rosados dedos el cielo; la naturaleza no tiene vida, sino porque la divinidad habita en su seno, y se esconde en su fondo como se esconde la esencia en el cáliz de las flores, y el ténue vapor en el seno del agua y la etérea luz en el misterioso planeta. Ahora bien, ¿era posible que el espíritu de los paganos, que habían llegado á ser neófitos del Cristianismo no se exaltase contra su antigua religión hasta el punto de abrazar una idea radicalmente enemiga del Cristianismo? No era posible. Su ardor, su pasión les debía llevar una idea opuesta, pero absolutamente opuesta al paganismo. Esta idea, es como la base de muchas escuelas gnósticas, unánimes en creer que la naturaleza era el mal absoluto, que la materia era la imagen del demonio, que el mundo no había sido obra de Dios, sino obra de otros seres inferiores á Dios, y por consiguiente, que el mundo está destinado á un eterno tormento, á una denegación eterna, hasta que llegue el día fatal, en que se hunda como una piedra arrojada á un lago en los profundos abismos de la nada, cargada con las lágrimas de la humanidad, y con las maldiciones de Dios. Así en la estrella errante, en el vapor del lago, en el aroma de la rosa, en el iris que forma la descomposición de la luz, en el alba hermosísima, en la callada noche iluminada por la luna, en la gota de rocío suspendida á las hojas de los árboles, en las líneas del azul horizonte cuando se confunde con el mar en calma, en todos esos espectáculos tan hermosos de la creación, veían como tentaciones de Satanás, como reclamos con que el genio del mal quería llamar al espíritu para confundirlo y perderlo en la naturaleza.

Pero no se puede estudiar el gnosticismo, esta escuela, que bajo un aspecto parece una transacción entre el espíritu y el cristianismo y el espíritu antiguo, y bajo otro aspecto un extremo misticismo que llega hasta caer en la negación de la materia, sin unirlo ántes al estudio é idea general de su época. En esta crisis del mundo, que nos hemos propuesto estudiar, crisis extraordinaria como no recuerdan los anales de la historia, se verificaba la trasfusión de la idea griega en el Oriente, y del espíritu oriental en Occidente. Esta revolución estraor-

dinaria tiene tres grandes representantes: en la esfera religiosa, el Cristianismo; en la esfera filosófica Alejandría; en la esfera política y práctica Roma. Pero es necesario ver cómo se unía, cómo se indentificaba, cómo llegaba á una síntesis, esa eterna antítesis del Oriente y del Occidente, escrita con sangre generosa en Marathon, en Platea, en Salamina, en el Gránico, en Trasimeno y en Cannas. Un día la civilización griega llegó á su madurez, á su unidad. Sus luchas internas cesaron, perecieron sus repúblicas. Grecia parecía morir como nación, pero era para vivir como humanidad. Un hombre extraordinario se levantó entre tantas ruinas. Era hermoso como una estatua de Fidias; resplandecía en su mirar el reflejo de los mares y de los horizontes de Grecia; llevaba en su aliento el perfume de la miel del Hible; sonreía su imaginación como aquellas continuas fiestas celebradas en loor de los antiguos dioses; agitaba en sus manos á un tiempo la espada de los héroes, la lira de los poetas; reflejaba en su mente los rayos de la filosofía y del pensamiento de su patria; sentía en su corazón ese anhelo de lo desconocido, de lo maravilloso que es como el llamamiento secreto de la Providencia á los hombres que han de cumplir altos fines; tenía un deseo infinito en el abismo de su corazón, que no podía llenarse ni con todo el mundo, y como la civilización griega, aquella civilización tan grande y tan hermosa se había aposentado en su seno, como había caído con todo vigor en su alma inmensa, en su alma varia y múltiple, á un tiempo ateniense y espartana, oriental y griega, Alejandro arroja sus escuadras al mar, pone el pié vencedor en el Asia, entra en sus templos, interroga á sus oráculos, esparce por los aires las cenizas de sus imperios, deja las huellas del hombre, y del hombre griego y del hombre libre en el seno de la naturaleza esclava, de la creación sometida á la magia de los sacerdotes; llama á su alrededor las razas párias y les da en la copa de sus festines á beber el licor de la verdadera vida, y con su soplo inmortal esparce en el Oriente misterioso y solitario el alma armoniosísima de la Grecia. Delante de este hombre debemos detenernos, porque su palabra y su idea son una clave de la historia, una explicación de los siglos que van á sucederle. Al herir de su espada, las puertas de los templos giran sobre sus goznes y se abren y revelan sus misterios. Las razas encerradas en su soledad, iluminadas por el fulgor de aquella alma extraordinaria, toman el camino de Occidente y van llenando el aire con sus lágrimas y sus quejidos. Los sacerdotes huyen y dejan caer sobre la muchedumbre de los pueblos por donde pasan sus enig-

mas. Los libros sagrados del Oriente, aquellos libros que solo podían entender sus elegidos, sus sacerdotes, se abren al viento de la guerra que agita su hogar, y dejan caer sobre los pueblos profanos sus ideas y sus esperanzas. El negro velo, que ocultaba á la antigua Isis, que la cubría entre sus pliegues, se rasga, y el filósofo griego con la antorcha en la mano se acerca á analizar y á comprender el secreto y el misterio de su vida.

No es solamente Grecia la que comprende el Oriente, es el Oriente mismo el que tiende á unirse á Grecia. Sus dos almas perdidas en los aires se unen, se confunden como el suspiro de dos amantes. La primera vez que se encuentran el espíritu científico de Oriente y el espíritu de Occidente luchan, aunque se encuentran en el lecho de sus amores, en Alejandría. El Oriente místico, severo, exaltado, austero, no acierta á comprender el lenguaje ligero, gracioso, elocuente, vario de la Grecia. El alma del Oriente perdida en el éxtasis, no se aviene con el alma indagadora y activa de Grecia. Además la razón de su lucha está mas honda. Sus pueblos, los pueblos animados de su espíritu, se han visto en todos los campos de batalla, y han empapado con su sangre la tierra, y aun sus huesos blanquean en los desiertos como testimonio de su eterno rencor, de su mutuo invencible odio. Los dioses griegos recuerdan que las espadas de los orientales muchas veces han llenado de luto el Olimpo, han interrumpido su eterna alegría. La lira griega tan ligera y armoniosa no quiere entregarse á las manos de aquellos sacerdotes tan austeros y téticos. Los genios hermosísimos de la Grecia, sus dioses coronados de verbena, sonrientes, se estremecen al ver los dioses orientales, las serpientes, los grifos, las esfinges con sus cuerpos informes, los cocodrilos, los elefantes, y se apartan, temiendo perecer en la guerra de sus eternos enemigos. Y así Grecia y el Oriente luchan y se resisten á reconciliarse, cuando Dios los empujaba á unir sus inteligencias, á identificar sus espíritus en un pensamiento común.

Y puesto que estaba en las leyes de la historia y de la vida la unión de Grecia con el Oriente, esta unión había de realizarse tarde ó temprano. La filosofía griega se dividía en tres grandes y capitalísimas escuelas en esta edad que vamos historiando; la escuela platónica, la escuela aristotélica, la escuela estoica. Dios había destinado el pensamiento de Aristóteles para Grecia. Esta filosofía positiva y práctica, esta filosofía de la experiencia llamaba á Grecia á su verdadero centro de gravedad, á la interpretación de la naturaleza. Y así